

Maestro. Pero ese trabajo reivindicativo tendría un signo positivo; ya no la destrucción para la “sustitución” –como el ominoso “tro-po” de este sacerdote–, sino la creación musical de melodías cantantes y sustentos armónicos, respetuosa sí de la presencia de la música para guitarra del siglo XVIII, aunque definitivamente no de su protagonismo autoritario. Saludamos la publicación de Octavio Santa Cruz que nos permite tan satisfactorio acto de justicia. Bien dicen que tarda, pero llega (**Marcos Mondoñedo**).

OBITUARIO / WILLARD VAN ORMAND QUINE, FILÓSOFO: MURIÓ EL 25 DE DICIEMBRE ÚLTIMO A LOS 92 AÑOS (Traducido por Roberto Juan Katayama Omura, *The Economist*, enero de 2001)

¿Quién viene después de Wittgenstein? La respuesta es Quine. Nuestros historiadores lo recordarán como el más importante filósofo de la segunda mitad del siglo XX, aunque a diferencia de Wittgenstein, Quine no fue tan famoso. Sin embargo, en los hechos, muestra una larga lista de logros.

De joven fue introducido en la filosofía por los escritos de Bertrand Russell. Describió *Principia Mathematica*, de Russell y Alfred Whitehead (maestro de Quine), como el libro de mayor significación para él. Éste consiste en tres grandes volúmenes de fórmulas, y el señor Quine las probó *en seco*. Tomó dos ideas importantes de Russell. Una fue la creencia de que tanto el contenido como el método de la lógica matemática eran fundamentales en filosofía; la otra, fue la convicción de que la filosofía es una ciencia, la cual difiere de las otras ramas del conocimiento sólo por su nivel de generalidad y abstracción.

Ambos pensadores creían que la filosofía podría progresar mediante la acumulación de conocimientos parciales y a través

de la esforzada colaboración de muchos individuos, del mismo modo como lo hacían las otras ciencias. Ellos querían acabar con esa antigua y errónea costumbre de mirar la totalidad, una visión de la filosofía muy cercana a la de los sumos sacerdotes iluminados. Esta fue y sigue siendo hoy una idea controversial entre los filósofos, muchos de los cuales expresan su rechazo a la asimilación de la filosofía a los procedimientos analíticos de la ciencia. No obstante, esta idea se impuso. O por lo menos, la mayoría de los filósofos en el mundo angloparlante se conducen como si esto fuera verdad. La filosofía se convirtió así en una profesión especializada, sin sumos sacerdotes, gracias, en gran medida, a la influencia del señor Quine. Al contrario de un sumo sacerdote, él no fue una figura pública.

Tras algunos viajes de aprendizaje durante los primeros años de la década de 1930 en Viena, Praga y Varsovia -donde conoció a los miembros del “positivismo lógico” o *Círculo de Viena*-, el señor Quine regresó a su natal Norteamérica. Inició su magisterio en Harvard y se mantuvo allí hasta su jubilación. Sólo interrumpió su magisterio durante la segunda guerra mundial, para asumir su servicio como descifrador de códigos secretos. Entre sus alumnos no sólo tuvo muchos filósofos, sino también peculiares personajes como, por ejemplo, Tom Lehrer, compositor de canciones satíricas, y Theodore Kaczynski, conocido como “el bombardero”, quien con el aparente motivo de protestar contra la tecnología fabricó bombas que terminaron por asesinar a tres personas.

El signo de interrogación perdido

Los obras tempranas de Willard V. O. Quine se desarrollaron en el campo de la lógica matemática y la teoría de conjuntos, temas

recurrentes en media docena de sus veintitrés libros. Su máquina de escribir fue adaptada para tener teclas con símbolos matemáticos. Una de las teclas que faltaba era la del signo de interrogación. Él decía sarcásticamente que no la necesitaba porque siempre acertaba. No obstante, entre sus ingeniosos y agudos escritos matemáticos, el señor Quine no tiene ningún teorema importante con su nombre. Apenas le gustaba que lo consideraran como parte de la Escuela Lógica de Oxford. Su originalidad filosófica vino a madurar relativamente tarde en su carrera académica. Comenzó con la publicación en 1951, de su artículo “Dos dogmas del empirismo”, donde mostró de manera desafiante que la diferencia entre los enunciados de hecho y los enunciados de significación era sólo de grado y no de clase. Según la tradición, los enunciados del tipo “todos los solteros son no casados” se dice que son verdaderos exclusivamente por su significación; y los enunciados del tipo “Bill Clinton es casado” se dice que son verdaderos por cuestiones de hecho. Quine desarrolló toda una teoría del lenguaje que matiza la distinción entre verdades de hecho y verdades de significación, de modo que la distinción entre ambas no es absoluta. Esto tuvo consecuencias revolucionarias en filosofía, pues la mayoría de filósofos del siglo pasado -incluyendo aquellos influidos por Wittgenstein, el Positivismo lógico y la Escuela de Oxford del análisis lingüístico- habían sostenido que la filosofía sólo se dedicaba al análisis general del significado de los conceptos, en tanto que la ciencia sólo se dedicaba al análisis particular de los hechos. Con Quine, las barreras que se habían levantado entre filosofía y ciencia comenzaron a desmoronarse.

Las consecuencias de las tesis de Quine fueron dadas a conocer en su libro *Palabra y objeto* (1960). Sobre la base de su rechazo a la distinción tradicional entre hecho y significado de-

sarrolló una sistemática revisión de nuestros conceptos científicos modernos sobre la experiencia, la traducción, el aprendizaje, el entendimiento y sobre las nociones de necesidad y posibilidad. Los filósofos británicos de los siglos XVII y XVIII como Locke, Berkeley y Hume, habían edificado toda una explicación de cómo nuestro conocimiento del mundo estaba originado en base a nuestra experiencia sensible. Llevado por los resultados de la lógica, la lingüística y la psicología conductista, Quine edificó sobre nuevas bases dicha tradición empirista. El mismo Quine denominó a su concepción “empirismo sin dogmas”. Se trata de una filosofía ascética o económica en sus pretensiones, la cual establece que los lenguajes de la matemática y la física son suficientes para expresar todo enunciado genuino sobre los hechos del mundo, y que el núcleo de ambos lenguajes es la lógica de su amada *Principia Mathematica*.

Por su naturalismo implícito, fue acusado de negar la “realidad de la conciencia”, a lo que replicaba que él no era consciente de haber hecho eso. Él disfrutaba haciendo estas pequeñas bromas a los filósofos. En su *Léxico de filósofos*, anunció la existencia de un nuevo verbo: “quinear” (*to quine*), negar una distinción. Quine escribió luego el libro titulado *Quiddidad (Quiddities, 1987)*, con el objeto de mostrar también su fascinación por las antiguas palabras. Podría ser que él tuviera una inclinación a la *quinombromas*, término que remite a una antigua palabra, *conumdrum*, definida en el *Lexicon Tetraglotton* (1660) de James Horvell: “Tal vez serás juzgado por el autor que tenga algunos antojos extraños o quinombroms en su cabeza”.